

> para *The Paris Review* y disponga de veinte páginas para entrevistar a un titán de la literatura, en una de las justamente legendarias piezas numeradas de la sección *The Art of Fiction*. Ahí tiene un espacio y tiempo para hacer un centenar de preguntas diabólicas de tan simples, como esta con la que se abría la charla con Bret Easton Ellis en el 2012: “¿Alguna vez ha ganado dinero con algo que no sea la escritura? Respuesta: No. ¿No ha hecho de canguro, de camarero, de escritor?, le insisten. No, no, y no.”

¿Qué hacen los autores, entonces, frustrados porque no encuentran a casi nadie que parezca mostrar genuino interés en cómo un cambio de orden de dos capítulos despejó el camino de toda su novela y, de paso, salvó sus vidas de convertirse en un infierno? Escriben un libro sobre su oficio. Lo hizo Patricia Highsmith en *Suspense. Cómo se escribe una novela de intriga* (Círculo de Tiza, 2015). Y Stephen King. Su *Mientras escribo* (Debolsillo) ha ido ganando reputación desde que se publicó en 1999 y funciona a la vez como licenciado caticismo literario y una autobiografía.

## Desde obviedades a teorías literarias provocadoras hay un amplio abanico de recomendaciones

Chéjov estaba demasiado ocupado como para ponerse a redactar un tratado sobre el oficio pero hizo tantas reflexiones sobre el tema en su correspondencia que en el 2005 un profesor italiano las compiló en *Sin trama y sin final: 99 consejos para escritores* (Alba).

Paul Auster encontró otra solución. Puesto que, según dice, es “enteramente incapaz” de hablar de su propia obra “con inteligencia crítica”, le concedió una larga entrevista a una estudiosa de su trabajo, Inge-Birgitte Siegumfeldt, que se plasmó en el libro *Una vida en palabras*, recientemente publicado por Seix Barral. De ahí también pueden sacar consejos quienes afronten septiembre con ánimo de automejora literaria. Por ejemplo, que no conviene estudiar demasiado a fondo las novelas si uno pretende escribirlas. Tras pasar por Columbia, Auster creyó que “toda novela tiene que estar completamente resuelta de antemano, que hasta la última sílaba debía producir una especie de eco filosófico o literario, que una novela era una gran máquina de pensamiento y emoción que podía analizarse hasta el último fonema de cada frase”. Sentarse a escribir una le sacó del error.

Philip Roth habló mucho sobre su oficio, con pasión, furia y muchas veces a la contra, defendiéndose de los críticos que le atacaban. Llegó incluso a autoentrevistarse: el sueño húmedo de todo autor en promoción. En octubre, Literatura Random House publica su *¿Por qué escribir?*, un compendio de textos que en inglés es-

tá prácticamente descatalogado. Allí se incluye entero un librito titulado *Shop Talk* que Roth sacó en el 2001 y en el que reunía su correspondencia y sus encuentros con otros escritores, desde Primo Levi a Milan Kundera, pasando por Isaac Bashevis Singer, Edna O'Brien y Mary McCarthy. En su día el *Publisher's Weekly* regañó a Roth por dedicar tanto espacio de sus charlas a hablar de estatus y dinero, y quien dijo eso claramente no ha estado en muchas fiestas con escritores.

No encontrarán tanta polémica burbujeante, pero sí teorías literarias muy provocadoras, quienes se acercan a *La salvación por las palabras*, la colección de ensayos sobre literatura y filosofía de Iris Murdoch que edita Siruela. “La diferencia más obvia entre las novelas del siglo XIX y las del XX es que las del XIX son mejores”, sentencia la Dama del Imperio Británico, en una frase que pide a gritos estamparla en una *tote bag* de las que se venden en las librerías.

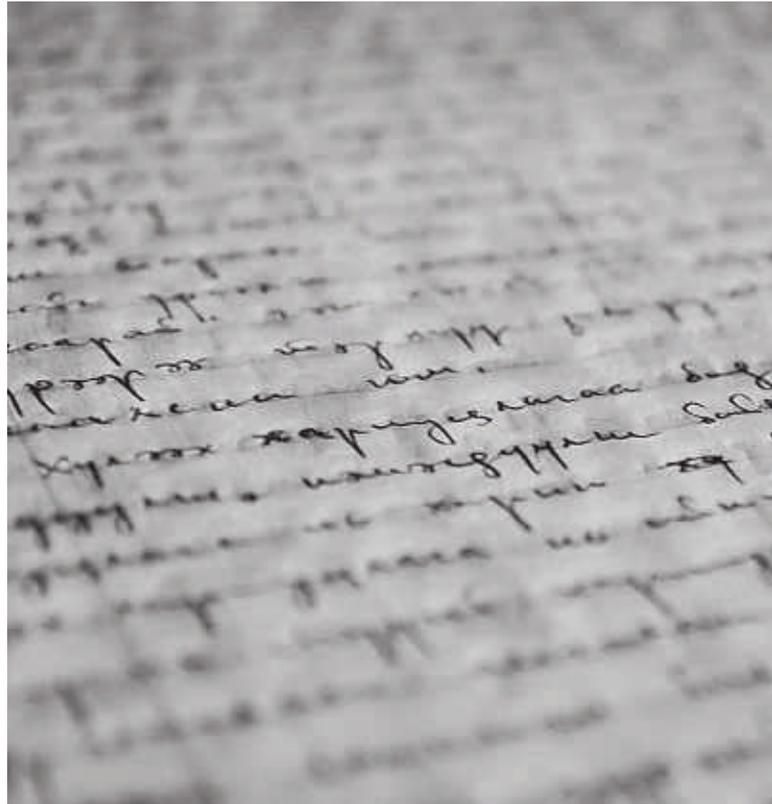
De todos los libros para leer y escribir mejor que llegan en tromba, quizá el más prescriptivo sea *50 consejos para ser escritor* (Seix Barral), de Colum McCann. Al irlandés, autor de novelas como *Transatlántico*, se le notan sus años como profesor de Escritura Creativa. Sabe de la quebradiza combinación de inflación de ego e inseguridad que sufren muchos aspirantes a escritor y no hace como otros autores a los que, cuando les piden que hagan guías de lo suyo, se ponen líricos o estupendos (ver página anterior). McCann, en modo *coach*, da exactamente lo que promete e imparte cinco decenas de doctrinas basándose en su propia experiencia y en la de todo el canon literario occidental, cuyas prácticas va desgranando. La más importante, aunque previsible, es la primera: no hay reglas.

Muchas de las cuestiones que se abordan en el libro, por ejemplo, la

## Para disfrutar de algunos de estos manuales no hace falta tener la intención de ser un escritor

cuestión vital de cómo arrancar un relato, y por qué la primera frase es tan importante (desconfíe de quien le diga que no lo es), aparecen también en otro ameno falso manual que ve la luz estos días, *Cómo piensan los escritores* (Blackie Books), de Richard Cohen, que en inglés se titulaba *Escribe como Tolstoi*. Decimos *falso manual* porque no hace falta tener la más mínima intención de escribir, ni como Tolstoi ni como Albert Espinosa, para disfrutar de él.

Sobre esa cuestión, la de las primeras frases, Cohen, que ha sido profesor, novelista y editor de autores tan diversos como Kingsley Amis, John le Carré y, ehem, Rudy Giuliani, ofrece varias estrategias. La de A.A. Milne consiste en avisar al lector que se adentra en el campo de la fantasía. Él



arrancó así una de las aventuras de su osito, Winnie the Pooh: “Érase una vez, hace mucho, mucho tiempo. Más o menos el miércoles pasado...”. Agatha Christie hizo una maniobra *meta* en *Asesinato en el campo de golf*: “Creo que existe una anécdota famosa según la cual un joven escritor, resuelto a dar a su narración un principio bastante energético y original para alcanzar retener la atención del más hastiado de los editores escribió lo siguiente: ¡Demonio! Exclamó la duquesa”. El arranque de Graham Greene en *Brighton, parque de atracciones*, es de los que tratan de enseñar en los cursos de escritura: “No hacía ni tres horas que había llegado a Brighton cuando Hale supo que querían asesinarle”. Nadie en su sano juicio intentaría en el 2018 lo de Tom Wolfe en *La*

*hoguera de las vanidades* (“¡Jeh-jegggggggggjjjjjjjjjj!”), imitando una risotada) y se requiere la templanza imperial de un E.M. Forster para arrancar *Pasaje a la India* con una frase que no sólo contiene una frase entre guiones largos –la *paradinha* de la sintaxis– sino que echa un jarro de agua fría sobre el escenario de lo que está por venir: “Si se exceptúan las Cuevas de Marabar –y están a veinte millas de distancia– la ciudad de Chandrapore no tiene nada de extraordinario”. ¿Tibio? No se apresuren a dar la razón a Katherine Mansfield, que dijo que “E.M. Forster nunca pasa de templar la tetera”, y por lo tanto, nunca dará té. Cien páginas más tarde de esa frase tan ni fu ni fa algo sucederá en las cuevas de Chandrapore y todo cobrará sentido. |

### Cómo piensan los escritores

**Richard Cohen**  
BLACKIE BOOKS  
TRADUCCIÓN DE LAURA IBÁÑEZ  
336 PÁGINAS  
23 EUROS

### 50 consejos para ser escritor

**Colum McCann**  
SEIX BARRAL  
TRADUCCIÓN DE HÉCTOR CASTELLS ALBEREDA  
218 PÁGINAS  
17,10 EUROS

### La salvación por las palabras

**Iris Murdoch**  
SIRUELA  
TRADUCCIÓN DE CARLOS JIMÉNEZ ARRIBAS  
144 PÁGINAS  
17,05 EUROS

### El arte de la ficción

**James Salter**  
SALAMANDRA  
TRADUCCIÓN DE EUGENIA VÁZQUEZ NACARINO  
106 PÁGINAS  
14,25 EUROS

### Una vida en palabras. Conversaciones con I.B. Siegumfeldt

**Paul Auster**  
SEIX BARRAL  
415 PÁGINAS  
19,95 EUROS

### Algunos libros

**E.M. Forster**  
ALPHA DECAY  
TRADUCCIÓN DE GONZALO TORNÉ  
312 PÁGINAS  
23,90 EUROS

### ¿Por qué escribir?

**Philip Roth**  
LITERATURA RANDOM HOUSE  
576 PÁGINAS  
23,90 EUROS

### A hombros de gigantes

**Umberto Eco**  
LUMEN  
TRADUCCIÓN DE MARIA PONS IRAZÁBAL  
397 PÁGINAS  
26,50 EUROS



# Los apuntes del locutor Forster

**B. GÓMEZ URZAIZ**

Cuando uno lee que E.M. Forster murió en 1970 (a los 91 años) se produce ese ligero pasmo que nos generan algunas vidas del siglo XX. ¿Cómo es posible que este señor eduardiano, contemporáneo de James Joyce y Virginia Woolf, al que asociamos con la India colonial y con las largas faldas que visten sus personajes en las adaptaciones al cine, viviera lo suficiente como para oír todos los discos de los Beatles? El autor de *Una habitación con vistas* fue un lector curioso y muy generoso con sus predecesores y sus contemporáneos hasta el final de sus días. Y durante tres décadas, desde el final de los veinte hasta casi los sesenta, compartió sus observaciones con los oyentes de la BBC, en una serie de charlas sobre autores que Alpha Decay publica ahora con el título *Algunos libros*. Como indican tanto la autora del epílogo, Zadie Smith, que ha reivindicado en más de una ocasión al autor de *Regreso a Howard's End* (utilizó esa novela como base de su *Sobre la belleza*), como Gonzalo Torné, que se encarga del prólogo en esta edición, Forster no pretendió en ningún momento que lo suyo fuera crítica literaria. De hecho, en sus programas se refiere varias veces a “los críticos” como un colectivo un tanto obtuso. “Son los lectores, y no el escritor, los que salen perdiendo cuando la crítica infravalora a un autor”, les advierte, a propósito de los

“aires de superioridad” que a su entender se desprendió de los obituarios de D.H. Lawrence. Lo que hace Forster, entonces, son humildes y muy razonadas recomendaciones y no cuesta imaginar a sus lectores tomando nota en lápiz sobre papel.

Su programa se emitía en la onda internacional y al escritor le gusta imaginarse su lector ideal como un hombre indio (no un inglés expatriado) de unos treinta años, educado en su país pero con un aprecio por el canon occidental. Buenas noticias: no hace falta ser varón ni indio para sacar el jugo a las deliciosas clases de literatura radiadas del señor Forster. Aquí algunas opiniones extraídas de sus charlas, de las que, como dice Torné, el lector sale “instruyéndose sin la sensación de haber entregado un esfuerzo excesivo”. ¿No es esa la vara de medir a un buen profesor?

## **Sobre James Joyce**

“Para ser honesto: no termino de cogerte el truco. No soy capaz de sintonizar con él. En sus textos pululan una serie de personajes que no suelen interesarme: tipos agriados y vengativos. Lo cierto es que estos personajes no son un obstáculo para que reconozca al gran artista que hay detrás de ellos, o por lo menos no son un obstáculo mayor que el esnobismo y la neurosis para disfrutar del arte de Proust. A veces el arte de Joyce me ha atrapado por completo, pero nunca he podido retener en mi co-

razón lo que leía, y creo que el propio Joyce no quiere que ni yo ni nadie establezcamos ese vínculo emocional con sus fábulas”.

## **Sobre D.H. Lawrence**

“Las tramas no están bien desarrolladas, los libros no responden a una coherencia estética clara... Y pese a todo el lector sale de estos libros satisfecho. Se impone el sentido de la vida desvelado, la fuerza de la poesía que obvia los esfuerzos de una construcción cuidada”.

## **Sobre William Wordsworth**

“Todas las experiencias importantes por las que pasó Wordsworth fueron lentas. Sabemos que era un hombre fornido, de carácter obstinado y tenaz, que se movía despacio... y parte de este dispositivo físico algo tosco se transmite a unos versos cuya cadencia, a menudo, cruje”.

## **Sobre Lytton Strachey**

“Strachey no estaba interesado en la justicia social, y sé que para muchos escritores y lectores actuales ser serio se reduce a ser capaz de abordar este asunto. Pero Strachey tampoco era un cínico: creía en el ingenio, en los buenos modales aristocráticos y en el buen gusto, y era implacable en la búsqueda de la verdad”.

## **Sobre Thomas Hardy**

“No se comportó jamás de manera autoritaria ni espectacular, no se da-

**Edward Morgan Forster trabajando en el libreto de la ópera ‘Billy Budd’ de Benjamin**

**Britten. Detrás, el director teatral y colibretista de la ópera, Eric Crozier**  
KURL HUTTON/GETTY

ba los aires de un genio ni se propuso que su inteligencia brillase en sociedad. En los últimos años de su vida tuvo el gran honor de ir a visitarlo y se tomó la molestia de ser hospitalario. En todo momento sentí que quería ser amable, se preocupaba sinceramente de que el té de su invitado tuviese crema suficiente”.

## **Sobre Rudyard Kipling**

“Ni dos libros enteros de justificaciones inspiradas por la voluntad más benigna me convencerán jamás de que Kipling era algo más que un matón, con la conciencia podrida por un vulgar racismo. Kipling era un acuñador de versos, un traficante de epigramas, una especie de buhonero de epitafios; trajinaba con una clase de material cuyo valor estriba en su capacidad de causar, a la primera, un efecto intenso en el lector, en tanto que la poesía (y los poemas logrados) sólo se rinde (y los poemas logrados) sólo se rinde y segrega su sentido después de varias lecturas”.

## **Sobre Walt Whitman**

“Walt Whitman probablemente no sea el mejor poeta que haya existido nunca, pero les aseguro que es lo bastante bueno como para alcanzar esas profundidades y recordar a sus lectores que todos podemos participar de ellas”.

## **Sobre William Butler Yeats**

“Yeats era un hombre que, a diferencia de tantos otros británicos, vivió pensando continuamente en la poesía. Tanto es así, que incluso su afición al ocultismo y a las patrañas del mundo esotérico contribuyeron al desarrollo de su genio poético”.

## **Sobre Mark Twain**

“Les seré sincero: sus bromas están envejeciendo mal. La filosofía de Twain sobre la vida es un tanto basta, pero, por fortuna, las aguas del río siguen fluyendo”.

## **Sobre Jane Austen**

“Cuando pienso que ahora la leen en los trópicos y escuchan versiones dramatizadas de sus libros... bueno, siento algo de orgullo, pero también una pizca de preocupación: ¿cómo la leerán tan lejos de casa?, ¿cómo sonará? De todos modos me gustaría que no abordasen sus libros como si los hubiera escrito una solterona que vive en un sitio remoto. Austen es mucho más que eso. Austen es una gran artista”.